

No por mi propia mano...

(Jueces 6; 7)

Una vez que Jabín, el rey cananeo, fue derrotado, Israel tuvo reposo cuarenta años (5.31). Sin embargo, al comienzo del capítulo 6, vemos cómo la desgastante vorágine descendente continúa activa. Israel hizo lo malo, y el Señor envió opresores a su tierra. Esta vez fueron los madianitas, habitantes del desierto, que provenían del sur de Palestina. Sus ventajas militares más importantes consistían en lo numerosos que eran, y en sus camellos; y cada año, durante la cosecha, invadían a Israel como plaga de langostas. Sus gentes, sus rebaños y sus camellos consumían todo lo que había en la tierra. Una vez más, los israelitas huyeron a los montes y a las cuevas. Durante siete largos años, estos merodeadores dominaron a Israel, antes de que el Señor oyera los clamores de Su pueblo, y les enviara un libertador. Esta vez, se trataba de un guerrero poco dispuesto a actuar, llamado Gedeón.

EL LLAMADO DE GEDEÓN

La primera vez que el ángel de Jehová se le apareció a Gedeón, éste estaba sacudiendo el trigo en el lagar de su padre. Puesto que el trigo se sacude mejor en espacios abiertos, donde el viento pueda soplar y llevarse la paja, Gedeón realizaba esta labor de modo poco convencional, en espacios cerrados, lo cual es una señal de lo aterrorizados que estaban los israelitas en aquellos días. Gedeón ocultaba su grano, y se ocultaba él mismo, de los madianitas, lo cual hacía con la esperanza de salvar algo de la cosecha del año, del asedio de los invasores. Esta es la razón por la que las palabras del ángel destilan sarcasmo cuando saluda a Gedeón: «Jehová está contigo, varón esforzado y valiente» (6.12).

La respuesta inicial de Gedeón fue reprender al ángel de Jehová por la manera como se había dejado sufrir a Israel. «Jehová nos ha desamparado», fue su queja. El Señor respondió por intermedio de Su mensajero: «Ve con esta tu fuerza, y salvarás a Israel de la mano de los madianitas. ¿No te envió yo?» (6.14). Nuevamente, Gedeón desvió el llamado de Dios con una excusa, quejándose de que era el menor de la casa de su padre. No menos persistente, el Señor lo tranquilizó, diciéndole que estaría con él para derrotar a los madianitas.

Después de las tranquilizadoras palabras de Dios, en el sentido de que le daría la victoria a él, Gedeón pidió la primera de varias señales: «Yo te ruego, [...] me des señal» (6.17). Gedeón fue a su casa y regresó con un cabrito preparado, una gran cantidad de pan sin levadura, y una olla de caldo. El ángel le dijo que pusiera el cabrito y el pan sobre una peña, y que derramara el caldo sobre éstos. Gedeón obedeció, y el ángel tocó el sacrificio con la punta del báculo que tenía en su mano. Estalló en llamas, ¡y el fuego lo consumió todo! En ese momento Gedeón se dio cuenta de que, en efecto, había hablado con un mensajero de Dios.

LOS PRIMEROS PASOS

Ese día, Gedeón edificó un altar a Jehová, y esa noche dio sus primeros e indecisos pasos como el nuevo líder de Israel. Se le dijo que tomara el toro de su padre y que derribara los ídolos de su padre, los cuales consistían en un altar a Baal y una imagen de Asera. Hizo esto, dejando para el final de su misión la destrucción de la imagen de Asera, la cual cortó y convirtió en leña para ofrecer en holocausto el toro de su padre. Hizo este holocausto

en el altar que le edificó a Jehová «en lugar conveniente», que es el mismo lugar donde se encontraban los símbolos de culto que había derribado. Sin embargo, las Escrituras no dicen que a estas alturas, Gedeón fuera un varón valiente:

Entonces Gedeón tomó diez hombres de sus siervos, e hizo como Jehová le dijo. Mas temiendo hacerlo de día, por la familia de su padre y por los hombres de la ciudad, lo hizo de noche (6.27).

Anteriormente, cualquiera que le diera culto a Baal en Israel, habría tenido temor de perder su vida. Para el tiempo de Gedeón, la situación se había invertido, de modo que, ahora era aquel que derribara el altar de Baal, el que tendría temor de perder su vida. ¡Causa espanto el gran parecido que esta inversión de valores guarda con lo que ha ocurrido dentro de la cultura estadounidense, en los últimos cuarenta años!

EL VELLÓN DE GEDEÓN

Cuando el tiempo de la cosecha llegó ese año, los madianitas y sus aliados invadieron Israel nuevamente. Esta vez, no obstante, las cosas iban a cambiar. Gedeón tocó el cuerno entre los de su clan, envió mensajeros a los de su tribu, e incluso llamó a hombres de guerra de las tribus vecinas. Cuando hubo reunido su ejército, le pidió a Dios otra señal, una confirmación de Su presencia por medio de un vellón de lana puesto en una era (6.36–37). Su primera propuesta era que Dios humedeciera el vellón con el rocío, dejando seca la tierra alrededor del vellón. A la mañana siguiente, Gedeón pudo comprobar que había sucedido tal como él lo había solicitado; exprimió el vellón y sacó de él suficiente agua para llenar un tazón. No satisfecho con esta única señal, el desganado líder le pidió a Dios que invirtiera el milagro esa noche; que esta vez dejara seco el vellón y humedeciera la tierra con el rocío. A la mañana siguiente ¡aconteció así! ¡Tal vez ahora Gedeón obedecería al encargo de ir con su fuerza a salvar a Israel (6.15)!

ERAN DEMASIADOS

Cuando el ejército de Israel y el de Madián, se establecían en sus respectivos campamentos, y se preparaban para la batalla venidera, Israel ya estaba aventajado en número, a razón de cuatro a uno (7.3; 8.10). Sin embargo, las posibilidades para ganar todavía eran demasiado altas para Dios.

Y Jehová dijo a Gedeón: El pueblo que está contigo es mucho para que yo entregue a los madianitas en su mano, no sea que se alabe

Israel contra mí, diciendo: Mi mano me ha salvado. Ahora, pues, haz pregonar en oídos del pueblo, diciendo: Quien tema y se estremezca, madrugue y devuélvase desde el monte de Galaad [...] (7.2–3).

¡Para Gedeón, el buscador de señales, esto debió de haber sido el colmo! Cuando 22.000 de los 32.000 soldados de Israel se devolvían, no me extraña si a Gedeón tuvo que sacarlo Dios de la columna de cobardes, y explicarle: «Podían devolverse todos los que temían, excepto *tú*, Gedeón».

Como si las órdenes de Dios no fueran ya lo suficientemente absurdas, se dejó decir que el ejército era todavía demasiado grande. ¡Con 135 madianitas por cada 10 israelitas, las posibilidades de ganar, todavía eran demasiado altas para Israel! Le ordenó a Gedeón que llevara a sus hombres a las aguas y los hiciera beber. Los trescientos que se quedaron de pie e hicieron llegar el agua a su boca con sus manos, constituyeron el último corte para el ejército de Dios. Los demás se devolvieron a casa, pero dejaron sus trompetas y provisiones con la diminuta milicia. A estas alturas, ya Gedeón debió de haber tenido un retumbante dolor de cabeza, una úlcera que le quemaba por dentro y un cuadro de urticaria. ¿Por qué estaba haciendo esto Dios?

Como conocía el corazón de Gedeón, Dios le concedió una señal más. Aquella noche, Gedeón y su criado debían descender al campamento de los madianitas e introducirse subrepticamente en éste para escuchar lo que hablaban. Cuando llegaron al campamento, el espectáculo que presenciaron era suficiente para que Gedeón renunciara a su encargo inmediatamente. El valle estaba tan lleno de madianitas y sus camellos, que parecían «como la arena que está a la ribera del mar en multitud» (7.12). No obstante, en medio de ese aterrador espectáculo, Gedeón recibió la señal que necesitaba. Oyó a un soldado madianita que le comentaba a su amigo acerca de un sueño. En el sueño, un pan de cebada (el pan del pobre de Israel) vino rodando hasta el campamento y lo trastornó de arriba abajo. Lo más alentador fue la interpretación que el soldado madianita le dio al sueño: «Esto no es otra cosa sino la espada de Gedeón hijo de Joás, varón de Israel. Dios ha entregado en sus manos a los madianitas con todo el campamento» (7.14).

LA BATALLA

El sueño fue suficiente para Gedeón. Regresó al campamento y, ¡por primera vez, en toda la historia, dijo algo alentador! Esto fue lo que

dijo: «Levantaos, porque Jehová ha entregado el campamento de Madián en vuestras manos» (7.15). Pero más extraordinaria, aún, fue su audacia para decir: «Miradme a mí, haced como hago yo» (7.17). Armados con trompetas, cántaros vacíos y teas ocultas dentro de los cántaros, Gedeón y los trescientos hombres rodearon el campamento madianita. ¡A una, la silenciosa noche revivió con la luz de trescientas antorchas y el aterrador sonido de trescientas trompetas! Los exaltados israelitas gritaron: «¡Por la espada de Jehová y de Gedeón!» (7.20). Luego, todo lo que hicieron fue estarse firmes y dejar que Dios hiciera el resto.

Los confundidos madianitas despertaron llenos de pánico, volviendo su espada unos contra otros. Los que sobrevivieron se dirigieron al río Jordán, buscando el camino más corto a casa. Gedeón estaba ahora en libertad de pedir refuerzos para ayudar en las operaciones de limpieza. Hombres de Efraín impidieron la huida de los madianitas y tomaron cautivos a Oreb y Zeeb, dos de los líderes madianitas. Al final del día, el informe de bajas consignaba: «No se informa de bajas israelitas; 120.000 madianitas muertos».

Son muchas lecciones las que se pueden aprender de la narrativa de Gedeón; pero un mensaje se destaca por encima de los demás. Algo que le fue susurrado en la historia de Débora y Barac, es ahora expresado abiertamente en el relato de Gedeón: «¡La liberación es obra del Señor!». La victoria fue total, y fue lograda enteramente por la mano de Dios. Más adelante, vemos una escena que raya en lo cómico, en la cual los israelitas le proponen a Gedeón: «Sé nuestro señor, tú, y tu hijo, y tu nieto; pues que nos has librado de mano de Madián» (8.22). No estaban conscientes de que Dios tuvo que llevarlo contra su voluntad a la batalla, y no se acordaban de que era Dios quien había matado a los 120.000 soldados madianitas, ¡mientras el ejército de Gedeón estaba de pie en los alre-dedores, con antorchas en sus manos y tocando trompetas!

Mi propia experiencia con la lección de Gedeón, me recuerda lo que viví en Kenya, África del Este, en 1984. Mi esposa y yo, y nuestras hijas de dos años y cuatro meses, éramos una familia que formaba parte de un equipo misionero de cinco familias. Éramos jóvenes, llenos de ideales, y ¡estábamos preparados para tomar el mundo! No obstante, un mes después de llegar al campo misionero, dos familias tuvieron que devolverse para los Estados Unidos. Estando en las condiciones anímicas que resultaron de esta experiencia, escribí el siguiente informe, con fechado en abril de 1984:

Una lección de la experiencia de Gedeón

Y Jehová dijo a Gedeón: El pueblo que está contigo es mucho para que yo entregue a los madianitas en su mano, no sea que se alabe Israel contra mí, diciendo: Mi mano me ha salvado.

«Mi mano me ha salvado». He reflexionado a menudo en esta frase, y, en ocasiones, he predicado lecciones basadas en este texto. No obstante, no ha sido sino hasta en los últimos dos meses que se me ha confrontado con el poder de este pasaje en mi propia vida.

El orgullo puede echar a perder cualquier esfuerzo, incluso el trabajo de misiones. Desde el momento en que tomamos la decisión de formar parte de la misión a Meru, he tenido una gran dosis de orgullo y confianza en nuestro equipo misionero. En lo que concernía a lo educativo estábamos bien preparados. Entre los cinco varones había cuatro con título de Máster en Teología, y uno con título de Máster en Consejería. Entre nuestras esposas había dos maestras de escuela y tres enfermeras. Todos los que formábamos parte del equipo habíamos recibido una excelente preparación en misiones, y habíamos llegado al campo con lo último en métodos para las misiones. Aunque tratamos todo lo que pudimos, de resistir la tentación, cierto grado de orgullo se introdujo en nuestra manera de pensar. Existía la certeza de que la cantidad de misioneros que éramos, nuestra preparación y nuestros métodos, ¡iban a producir una tremenda cosecha de almas para Dios! Esta manera de pensar nos puso en condiciones de tener que volver a aprender la lección de Gedeón.

Los últimos dos meses han sido muy dolorosos para nosotros. Hemos visto a nuestro equipo sufrir algunos traumáticos reveses. Dos de nuestras familias tuvieron que regresar a los Estados Unidos. Casi que de la noche a la mañana, nuestro «flamante» equipo de cinco familias se ha convertido en un pasmado equipo de tres. Siendo sinceros, debemos reconocer que nos hemos sentido avergonzados de que nuestro equipo sufriera tal revés. Pero al examinar los que quedamos los escombros del que una vez fuera un equipo lleno de confianza, creo que hemos aprendido bien la lección de Gedeón.

Por favor, no me entiendan mal. Los integrantes de las dos familias que ahora trabajan con Ann y yo, son todos destacados colaboradores y muy queridos amigos. Nos sentimos tremendamente bendecidos por el hecho de estar trabajando con ellos. Pero al echar nuestra mirada sobre el millón de habitantes de la tribu de Meru, nuestra empresa cobra proporciones gigantescas. Nuestra preparación, la cantidad que quedamos y nuestros métodos, no se equiparan con la situación. Ahora, más que nunca, estamos conscientes de que, si el pueblo de Meru ha de ser alcanzado con el evangelio, va a tener que ocurrir por el poder de Dios. Si lo que se espera es establecer iglesias, y que éstas maduren, si lo que se espera es que en

Meru surjan comunidades cristianas en crecimiento y llenas de amor, sólo podrá suceder por el poder de Dios. Por favor, oren porque hayamos aprendido verdaderamente la lección de Gedeón, y que algún día, cuando en Meru haya cientos de iglesias en crecimiento, llenas de amor, centradas en Cristo y que alaban a Dios, nosotros podamos estar de pie proclamando: «¡Sólo el poder de Dios ha logrado que esto suceda!».

Un año después, nosotros también regresamos a los Estados Unidos, quedando así solamente dos familias en el equipo. Hoy, que ya han pasado más de diez años, hay cuarenta congregaciones entre los habitantes de Meru, las cuales están compuestas por más de 1.300 cristianos. Hoy, después de haber aprendido por segunda vez la lección de Gedeón, sólo podemos decir: «¡El poder de Dios ha logrado esto!».

CONCLUSIÓN

Muchos años después, Pablo expresó los mismos sentimientos en su carta a los Colosenses. Después de treinta años de estar siguiendo a Jesús, y casi trece años de estar haciendo viajes misioneros, les escribió desde la prisión, cerca del año 62 d.C. Para ese tiempo había sido azotado una y otra vez, había sido encarcelado y calumniado. Al comienzo de su

carta, Pablo señaló cuán profundamente había entendido la lección de Gedeón:

Colosenses 1.28–29

[...] a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí.

Él entendía —y deseaba que todos los colosenses entendieran— que todo lo bueno que había producido su trabajo, había sido logrado por el poder de Dios.

Todos los cristianos y todas las iglesias se ven a veces tentados a depositar su confianza en sus números, su educación, su capacidad financiera, su pasado o su buen juicio. Gedeón está de pie (sin habérselo propuesto) delante de nosotros en este día, para recordarnos que es sólo por la mano de Dios que nosotros logramos cualquier victoria que podamos alcanzar en Su nombre. Nuestra misión es sencillamente recoger nuestros cántaros, antorchas y trompetas, y dedicarnos fielmente a cumplir el mandato del Señor. ■

©Copyright 2001, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados